

Emilio Boutroux nos recomienda que leamos a Blas Pascal de rodillas. En esta sola recomendación del filósofo francés sobre la lectura del moralista del siglo XVII trasciende ya la fuerza persuasiva de lo que el mismo Pascal llama "mi retórica". Pascal, con su claridad inminente, sostiene en el célebre pensamiento *In-finito-Nada* en que plantea su famosa tesis sobre "la apuesta", esta misma emoción: "Si este Discurso te place y te parece recio, comprende que ha sido escrito por un hombre que se ha arrodillado antes y después de haberlo hecho para rogar al Ser Supremo y Uno, a quien somete todo lo suyo, y someter también el tuyo para tu bien y su gloria; y que de esta manera la reciedumbre se ponga en armonía con esta bajeza".

A Pascal, pues, es necesario leerlo de manera distinta a como leemos habitualmente a los más grandes escritores que plantean las angustias del corazón y las dudas del espíritu. Pascal es, entre todos ellos, el más original y el más sorprendente. No es ni la razón pura ni la emoción pura: es la angustia misma en carne viva que gime en un estilo único por su claridad nerviosa.

Quizás sea éste el motivo por el cual afirma Sainte-Beuve, que frecuentó sus páginas con superstición jansenista, que Pascal es un extraordinario escritor cuando llega a las máximas consecuencias de sus pensamientos, pero lo es más aún cuando interrumpe bruscamente la cadencia de sus ideas. Nos deja entonces en el alma la sensación del terrible vacío que lo acompañó a lo largo de su vida como a otros los acompaña el amor. "Pascal —agrega el historiador de Port-Royal—, era un gran espíritu y un gran corazón, lo que generalmente no son los grandes espíritus: todo lo que realizó en el orden del espíritu y en el orden del corazón posee el secreto de la invención y de la originalidad que pone de manifiesto la fuerza, la profundidad, la persecución ardiente y al mismo tiempo apasionada de la verdad".

Era difícil convencer a los hombres de su dignidad eterna en un siglo en que el frío racionalismo de Descartes triunfaba.. Más aún. Era difícil lograrlo en un siglo en que la lengua francesa ya había alcanzado su plena madurez y en que el espíritu de los grandes hombres tendía hacia un cómodo escepticismo que era como el trasfondo de su filosofía. Por otra parte las luchas religiosas del siglo XVI traían cansada a toda la nación: el orden y la ecuanimidad eran deseo colectivo. Los conflictos de las banderías cedían el paso y los franceses se encaminaban en este siglo que es, junto con el siglo XIII, el más hermoso de su historia, hacia la serenidad clásica. Cuando Blas Pascal nació hacia 1623 apenas hacía trece años que había muerto asesinado Enrique IV, el rey del Edicto de Nantes. Cuando el pensador apenas tiene trece años Pierre Corneille escribe *El Cid* en que ya se nota el desplazamiento de los conflictos exclusivamente políticos hacia los conflictos psicológicos propios del hombre. Por otra parte una lengua que es capaz de sintetizar, en versos magníficos como los de esta tragedia, las angustias de Doña Ximena, es

lengua en pleno apogeo. Pero lo más extraordinario es que, al margen de esta emoción estética, Descartes publica el *Discurso del Método* apenas un año más tarde de la primera presentación de *El Cid*.

Así, pues, Blas Pascal nace en su gran siglo en pleno cartesianismo, en el auge de una lengua que tiene la claridad y la precisión que hacen de ella la mejor herramienta del pensamiento moderno, y en la iniciación de un orden político y social de que el *honnête homme* es el más genuino representativo. Por otra parte, la sangría que representaron hasta Enrique IV las guerras entre hugonotes y católicos habían fatigado los espíritus sin cansar los corazones, por lo demás. Quizás esto último sea lo que mayor importancia tenga para comprender los encantos desgarradores del arte literario de Pascal. Porque la lucha de las tesis favorables y desfavorables sobre el problema de la Predestinación había prendido en el incendio el corazón de los católicos y había hecho posible en su mismo seno el drama irremediable del alma frente a su soledad, a su infinito, a sus miserias, a sus limitaciones. En efecto, es el drama jansenista, con sus intransigencias y su beligerancia abusivas, el que le da el clima patético a los más lúcidos espíritus del siglo XVII. Y el más lúcido de todos es Pascal, pues tenía antenas angustiosas dirigidas a un mismo tiempo hacia los dos polos del conocimiento que él mismo llama "el espíritu de fineza" y "el espíritu geométrico". Por otra parte, Pascal es el primero en comprender en su tiempo que el problema humano está en el hombre, ese mismo hombre que ya había hurgado Michel de Montaigne en pleno siglo XVI y que no es otro que el hombre que nos atormenta en las vigiliass introspectivas de este siglo en que estamos ahonizandoo. Es decir, Pascal, como Montaigne, desplaza el hombre abstracto, de fuertes lineamientos moralistas, hacia el hombre de carne y hueso, con todas sus miserias y limitaciones, sus temporalidades y sus caídas humanas. Poco importa que Pascal ataque a Montaigne porque gran señor escéptico escribe su drama con "palabras lascivas": más adelante ha de declarar que Montaigne tiene razón al rascarse su llaga escéptica pues Pascal comprende, a su vez, que es preciso partir de sí mismo para llegar a sí mismo: "No es en Montaigne —dice— sino en mí mismo que encuentro todo lo que en mí veo". *Los Ensayos* de Montaigne, *Las Máximas* de Epicteto y *Las Sagradas Escrituras* fueron obras que nunca abandonaron a Pascal. Montaigne porque busca el hombre dentro de él mismo, Epicteto porque inquiere el hombre fuera de él mismo. Sus conversaciones candentes con Monsieur de Sacy no nos dejan la menor duda de su pasión sobre estos autores. Sin embargo, cuando la duda embarga a Pascal, en el transcurso del célebre diálogo, no teme afirmar que lo que halla en las Sagradas Escrituras, más que la base de una religión universal, es un refugio para el amor, ausente en el senaquismo enristecido de Montaigne y en la aridez de Epicteto: "Hay un lugar de espera en el corazón", se había anticipado a afirmar en su juvenil *Discurso sobre las Pasiones del Amor*.

* * *

Blas Pascal nunca vivió al margen de la sociedad parisiense. Su verbo se encendía con la frecuentación de los libertinos, sus amigos, y de las grandes damas que discutían con pedantería femenina sobre los más eternos problemas humanos. No fue a este gran mundo con el fin de reír sino con el fin de estudiar, en plena acción, el corazón humano. Para ejercer este oficio de psicólogo poseía todas las armas necesarias: una razón entrenada en las disciplinas de las ciencias, una lengua brillante, una capacidad sin igual de persuasión y esa tristeza contagiosa que hacía los encantos de una sociedad enamorada de sus modales externos y angustiada en sus conflictos de conciencia.

Es contemporáneo de Descartes. Ambos se admiran, pero se temen, se respetan: el demonio cartesiano no es el mismo que el pascaliano: el demonio cartesiano lucha en la inteligencia del hombre, el pascaliano en su corazón. Descartes afirma aun cuando aplique la duda como método. Pascal también afirma, pero lo hace con el corazón y no con el espíritu. Descartes pelea fuera de Francia; Pascal se enfrenta a la Compañía de Jesús en las propias goteras del edificio que alberga a la ilustre Compañía. Descartes admira el genio de Pascal, sobre todo por sus trabajos científicos expuestos en el *Traité sur les coniques*. Pero se apresura a declarar que es su precursor. Para Pascal la ciencia es pasión, para Descartes es método. Cuando uno habla del ser, el otro habla del hombre. Sin embargo, ambos confluyen en la concepción moderna del hombre cuando uno afirma que el ser está en el pensamiento y el otro que está en el corazón. ¿Cuál de ambos es más peligroso en este siglo clásico, aparentemente disciplinado, sometido al poder absoluto de Luis XIV, cuyos principios políticos se fundaban sobre la tradición fuertemente católica del pueblo francés? Descartes destruye la revelación y marcha con paso firme hacia el mundo moderno. Pascal no llega a tanto, pero la reduce a un problema subjetivo, casi la convierte en un negocio particular, en un negocio pascaliano, a veces tan alejado del jansenismo como del jesuitismo. Quizás sea por esta razón que Sainte-Beuve justifica la actitud drástica de Luis XIV al destruir violentamente a Port-Royal con todas las consecuencias sociales, políticas y religiosas que este hecho acarrearía en el siglo XVIII. Pero, a pesar de esta visión clara que representaba para la salud de Francia esta herejía calvinista incrustada en el seno mismo de la Iglesia Católica, ya los *Pensamientos* se habían escrito. Pascal hacía indestructible el jansenismo porque, con arte supremo, llegaba al corazón de los hombres y sacudía sus angustias en una perspectiva de eternidades más allá de cualquier preocupación teológica. Abría, pues, de par en par la puerta estrecha de que habla el Evangelio para que por ella pudieran pasar todos aquellos que tienen sed y hambre de análisis.

También son contemporáneos de Pascal algunos escritores mundanos. A su vez los libertinos rezagados de las luchas religiosas del siglo XVI hasta quienes había llegado el amable pensamiento de Montaigne al través de la digestión no menos amable que de los *Ensayos* hiciera su amigo Pierre Charron en su *Traité de la Sagesse*. Muchos de ellos, como el duque de la Rochefoucauld, habían escrito sus pensamientos sobre las miserias del hombre en breves máximas que en el fondo no son sino fórmulas lapidarias de una opinión de orden psicológico individual. Pascal había descubierto esta forma concisa de hacer psicología práctica en Epicteto. También en Montaigne, aun cuando en el ensayista el estilo es más ancho y rítmico. Para la Rochefoucauld el amor propio es el motor que echa a andar todas las pasiones humanas. Poco importa esta doctrina en que campea la desilusión de este gran señor que debe haber tenido muy pocas ilusiones en un siglo de por sí seco y al mismo tiempo apasionado. Lo que importa en él es el estilo riguroso y vivo, insinuante. Cuando se publicaron las *Máximas* de la Rochefoucauld ya los *Pensamientos* de Pascal habían sido escritos aun cuando el manuscrito se hallaba inédito entre las manos no muy piadosas de "estos señores de Port-Royal".

Pero el más brillante de sus contemporáneos es el cardenal de Retz, mezcla de aventurero, de gran espíritu y de escritor de raza. Se enfrenta en su juventud a Mazarino durante el movimiento subversivo de la Fronda. Aprende su oficio de psicólogo mundano en sus contactos con los hombres y sus pasiones y de esta experiencia única nacen sus *Memorias*, libro excepcional de la literatura francesa. Lo que predomina en sus páginas escritas con pluma candente empapada en veneno es el don del retratista. Si en Pascal la angustia insatisfecha que atormenta al mo-

ralista está perennemente viva ante los ojos de nuestro corazón, en la galería de los retratos de las *Memorias* del Cardenal de Retz asistimos a una visión carnal y carnavalesca de los personajes que desfilan por su galería. Cuando el Cardenal de Retz es encarcelado aun Pascal no ha sufrido su crisis religiosa. Pascal frecuenta por entonces los salones de París y lleva la misma vida de los más famosos libertinos de la época que, por lo demás, son sus amigos de todos los días: el duque de Roannez, el caballero de Méré, el caballero de Mitón, el más curioso de los tres. Todos son libertinos, pero todos son *honnêtes hommes*. Las damas también conversan con el sabio con frivolidad que no excluye la buena lengua y el pensamiento curioso: frecuenta el salón de Mme. de Sablé y el de la duquesa de Aiguillon, almas preciosas de Rambouillet que hacen las delicias de la comedia de Moliere.

Cuando Pascal cae en su crisis, después del accidente del puente de Neuilly, no existe experiencia humana que no conozca. Las conoce todas y en sus angustias alcanza el conocimiento apasionado del hombre como tipo excepcionalmente religioso. Pero pareciera que le interesa más el hombre en sí que su espíritu religioso: quiere convertir al incrédulo valiéndose de las mismas armas de la incredulidad, lo que constituye la empresa humana más difícil de realizar. Para ello necesita abarcar el alma del hombre en su totalidad y operar con rapidez, pues siente que la vida se le acaba por momentos. Mientras el Cardenal de Retz comienza a purgar su condena en 1653 Blas Pascal escribe y publica su *Discurso sobre las Pasiones del Amor*. Es dueño ya de un estilo conciso y elegante, casi tan conciso como el que usará en los *Pensamientos*. Alumbra este Discurso la misma llama que hace inconfundible el estilo de Pascal. "Esta geometría del amor" tiene cierta abstracción y es a ratos fría, pero la pasión no decae en sus páginas. Oigámoslo exclamar: "A fuerza de hablar sobre el amor uno termina por enamorarse . . ." "El amor no tiene edad: siempre está naciendo". Este es el Pascal de los aciertos psicológicos tan distintos de los del Cardenal de Retz y de los del duque de la Rochefoucauld. Todos los documentos de la época concuerdan en que Pascal era hombre de auténtica seducción y que las damas gozaban en su compañía aun cuando hablara de problemas científicos. Alguna vez confesó a su hermana Jacqueline Pascal, cuando ya ésta profesaba en la orden de Port-Royal, que pensaba casarse y vivir como viven todas las gentes. En esta época aun no había escrito su *Discurso*, pero frecuentaba asiduamente los salones parisienses donde danzaba, jugaba fuertes sumas de dinero y entretenía a las damas sobre toda clase de temas con la más perfecta educación de que era capaz un *honnête homme* de su tiempo. En su *Discurso* se confiesa al decir: "Las pasiones se apoderan del corazón al que destrozan en mil pedazos. Sin embargo, un rayo de esperanza, por insignificante que sea, alumbra también lo que antes era claro. A veces es un juego en el que se complacen las damas; otras, al aparentar tener solo compasión, te quieren de verdad. ¡Qué feliz se siente el hombre cuando esto le sucede!".

En su *Discurso*, de pretensiones mundanas pero pleno de sugerencias sumamente pascalianas en que ya se prevé lo que será la pasión de los *Pensamientos*, afirma que "el hombre ha nacido para el placer". Sin embargo, anteriormente, había afirmado en su extraña carta sobre la muerte de su padre, *Consuelo*, que "el hombre cumple la única cosa para que ha nacido: la muerte". Pero también afirma en su *Discursos* "¡Qué feliz es una vida cuando comienza con el amor y termina con la ambición!", es decir, cuando comienza con "la concupiscencia de la carne" y termina con "el orgullo de la vida". ¿No firmaría Michel de Montaigne estos pensamientos? Seguramente que sí. Pascal, que por entonces aun no ha vivido su noche de Getsemaní, está entregado en cuerpo y alma a los placeres, a los de la tierra, a los de la razón, a los de la ciencia. La única luz que ilumina sus días

grises, quizás por la misma alegría que le produce la luz de un corazón inocente, es su hermana Jacqueline que vive recluida en Port-Royal.

Fue durante la noche del 23 de noviembre de 1654 que la vida de Pascal sufrió la más violenta conmoción: es la noche de su visión. Escribe entonces su testamento que habrá de llevar cosido en sus ropas hasta el día de su muerte, no muy lejano, por cierto. El Fuego consume su alma y agota su cuerpo. Pascal es un ser en llamas. Grita su angustia a la noche fría de noviembre mientras yace inmóvil sobre el suelo: el abismo lo ha abandonado o más bien Pascal se ha hundido totalmente en su misterio. Quiere "certidumbre, certidumbre. Sentimiento. Alegría. Paz. Alegría, alegría, alegría, llora de alegría". Sobre su mesa están abiertos los *Ensayos* de Montaigne, las *Máximas* de Epicteto y las Sagradas Escrituras. Cuando se levanta ve por la ventana y al través de sus vidrios la luna ilumina un jardín esquelético.

Una vida nueva comienza para Pascal, una especie de resurrección de las cenizas libertinas del ayer en un espíritu que vislumbra la miseria del hombre perenne y postula su candidatura para un cielo que no sabe si está en su corazón, en su cabeza o en el universo que lo rodea. Entra en contacto con los jansenistas y va a entregarse a la defensa de los puntos de vista de estos fanáticos católicos que se aferran impasibles a la predestinación. ¿Lo atrajo a la orden el cariño que sentía por su hermana Jacqueline? Quién sabe. Lo cierto es que cayó providencialmente en medio de "estos señores de Port-Royal", como se los llamaba por entonces. Ya hemos dicho que esta congregación, que contaba entre sus fieles a los más altos espíritus de Francia, entre ellos a Pascal, había recogido, en el seno de la Iglesia Católica, la herejía calvinista, odiosa y agresiva porque atenta contra la libertad humana con frialdad inhumana y sobra de suficiencia: no le deja al pobre de espíritu sino el consuelo de ver por una rendija del tiempo el reino de los cielos que le tiene prometida la caridad cristiana. Grandes espíritus, es cierto, pero espíritus jansenistas, que es decir negación del hombre nacido de la inocencia y dueño de su conciencia. Por eso Pascal, si no fuera su pasión y si no fuera el arte de su lengua perfecta, sería el más odioso de los filósofos: lo que hay de grande en su pensamiento siempre en crisis es su drama personal que, a fuerza de serlo, se convierte en universal y eterno.

Escribe entonces la menos apasionante de sus obras, *Las Cartas a un Provincial*, para defender el punto de vista de Jansenio sobre la predestinación, frente a los jesuitas que defendían el principio de la libertad considerada desde el punto de vista de la ortodoxia católica.

Calvino había defendido antes que los jansenistas la tesis de la predestinación hasta el extremo de negar absolutamente la libertad humana en cualquiera de sus manifestaciones. Los jansenistas vuelven a machacar sobre el mismo tema con una pasión servida por espíritus tan ilustres como Saint-Cyran y el Gran Arnaud. Los jesuitas, que toman frente a ellos una posición más de psicólogos que de teólogos defienden la libertad humana con no menos pasión, pero sin la fuerza que les daba a sus adversarios una moral intransigente. "El hombre tiene la facultad de escoger y de decidirse: será, de acuerdo con su conciencia, ayudado o abandonado por Dios", gritan los jesuitas a los cuatro vientos. Pero los jansenistas les oponen la tesis de la gracia, tesis cuya violencia estuvo en el origen de las guerras religiosas del siglo XVI y cuyas consecuencias habían sido la actitud incrédula de los libertinos, los amigos de la juventud de Pascal, en los años anteriores a su célebre noche de las angustias. Las *Cartas a un Provincial* son dieciocho. La tesis que Pascal defiende en estas Cartas es simple en su complejidad, pues plantea el con-

flicto insoluble del hombre cristiano: "Jesús no murió sino por los predestinados". Pero a esta tesis esencialmente teológica Pascal agregó otra de valor moral que es la que le da cierta grandeza a esta defensa de la esclavitud irremediable: "Privado de su gracia el hombre no es menos responsable de sus acciones". Ya sentimos en esta posición ese temblor subjetivo y angustioso que hace imperecederos los *Pensamientos*. Es cierto que la congregación de Port-Royal, al organizar "les petites écoles" había trabajado la inteligencia de sus alumnos en las disciplinas racionales: el método de enseñanza en ellas era esencialmente cartesiano, racional, y conducía a la reflexión consciente de los problemas personales. Colocaba, pues, a sus fervientes discípulos en un plano de intrasigencia pasional difícil de destruir. Pascal, con su tono emotivo aunque solemnemente reflexivo debió chocar en este ambiente de predestinación.

Pascal comienza sus *Cartas* de manera impersonal, en un estilo claro y comprensivo, se coloca hábilmente en el terreno de los adversarios de Port-Royal para atacarlos con mayor facilidad. Comienza por crearles a sus panfletos una atmósfera de misterio al no firmar las *Cartas* con su nombre sino valiéndose de un seudónimo, Luis de Montalte. Conforme crecía la curiosidad y el interés de la discusión el debate teológico se iba transformando en un ataque personal. Pascal, brillante expositor de ideas, polemista de raza, hombre habituado a las disciplinas científicas y conocedor del alma humana, se defendió con valor y atacó a la Orden de Jesús con argumentos temibles que aún se usan en las actuales polémicas anticlericales, si es que estas polémicas tienen alguna vigencia en nuestros días de un positivismo grosero, aun en el seno mismo de la Iglesia.

Ataca lo que él llama la *dirección de intención, la responsabilidad mental y la doctrina del probabilismo*, con fuerza y pasión. Ataca la casuística jesuita fundada sobre el *derecho* y el *hecho*, es decir, "la esperanza de la salvación" y "el hecho real de la salvación". Es interesante comprobar que en su apasionada polémica sobre el probabilismo hallamos el mismo espíritu científico del sabio que había creado el cálculo de las probabilidades. Dice, en campo intelectual que no es el suyo, pero al cual llega por un espíritu de rigurosa lógica, que "la probabilidad es el misterio de la iniquidad cumplida". Se ha afirmado que Pascal leyó a San Agustín con las gafas de Calvino. Quién sabe hasta dónde se pueda afirmar esta herejía, pues existen los *Pensamientos* que nos convencen plenamente de su lucidez de buen cristiano. "Yo no puedo aprobar sino a los que buscan gimiendo", exclama en un arrebató muy pascaliano, tal vez recordando a su hermana Jacqueline que vivía en un éxtasis de angustia. La obra de Cristo no es para Pascal lo que sí fue para Kant, una moral. Va invariablemente a las miserias humanas para encontrar nuestra razón de ser en este mundo de lágrimas donde gritamos nuestro drama desde que salimos del vientre de nuestra madre. Jean Racine, jansenista a sus horas, dice de Pascal al considerarlo en sus *Cartas*: "Trató los grandes problemas teológicos con tal arte y nitidez que los hizo no solo inteligibles sino hasta agradables a todo el mundo". Cuando ataca a sus contrincantes lo hace siempre en *honnête homme* y nunca en doctor: se dirige al sentido común y al corazón del gran público. San Vicente de Paul, su contemporáneo y amigo, lo admira por esta pasión y lo considera el más cristiano de los hombres. Es verdad que más tarde el santo se aterrará ante esta pasión ilimitada, creía él, falta de caridad. Cierta vez que Saint Cyran le preguntó a Jansenio: "—¿qué es lo más importante para nuestro Señor?— La verdad— le respondió éste último". Esta afirmación nunca la pudo hacer Pascal porque como hombre de ciencia conocía las limitaciones de la verdad y, además, siempre le conmovían los que "buscan gimiendo".

Lo importante de este libro polémico, cuyo escándalo llenó un siglo tan ilustre como el XVII para las letras francesas, es su estilo. Por primera vez un espíritu selecto se dirigía al gran público en *una lengua recia, viril, sencilla, en un estilo maestro, al alcance de todas las inteligencias. En sus páginas campean todos los recursos lingüísticos capaces de convencer y persuadir. Las CARTAS a un PROVINCIAL son el primer tratado de periodismo de los tiempos modernos.* No se pueden comprender los *Pensamientos*, tanto por su lengua como por su esencia, sin antes leer este panfleto, uno de los más curiosos del pensamiento humano. Pascal ensaya en sus páginas todos los secretos que constituyen la fuerza del estilo que son la clave del clasicismo francés. Pascal tenía conciencia clara de lo que realizaba, de sus ataques despiadados a sus adversarios que le buscaron personalmente el cuerpo en teólogos, de que eran maestros consumados los molinistas, y encontraron frente a ellos la reciedumbre del hombre de ciencia, del físico y matemático, y al mismo tiempo al *artista que conocía a fondo los recursos expresivos del francés cuyas reglas clásicas comienza a establecer en esta obra. No todo es justo en sus ataques; pero cuando más injusto y despiadado es con sus contrincantes más brillante y convincente resulta en la exposición de sus tesis aun muy discutibles en nuestros días.* Su sobrina, Margarita Perier, años más tarde recordaba que preguntado su tío sobre si no se arrepentía de sus *Cartas a un Provincial* respondió con claridad: "Se me pregunta por qué he empleado un estilo agradable, burlón y divertido. Respondo que si hubiera escrito las cartas en un estilo dogmático solamente los sabios me habrían leído y éstos no tenían necesidad de hacerlo, pues saben tanto como yo sobre estos asuntos. Creí que era preciso escribir de manera propia para lograr que mis cartas las pudieran entender las mujeres y todos los mundanos, con el fin de que conocieran todas las máximas y todas las proposiciones que se exponían por todas partes por medio de las cuales era muy fácil dejarse persuadir". He aquí uno de los secretos del arte de escribir de Pascal, cuyas reglas las expone en sus reflexiones sobre el estilo de los *Pensamientos*, con claridad exacta, luminosa, como pocos escritores lo han hecho hasta ahora.

Las tesis estilísticas de Pascal son las únicas que aún tienen vigencia porque su objeto es persuadir, convencer a aquellos "que buscan gimiendo". Y todos los hombres, cual más cual menos, andamos gimiendo en este mundo y el arte es lo poco que deja un consuelo en nuestro corazón cuando todas las puertas se nos han cerrado. Poco importa que Voltaire llame a Pascal "un santurrón medio loco". Sin la prosa de Pascal, Voltaire no hubiera alcanzado el grado de perfección que cautiva aun en sus menores páginas. Poco importa que Goethe confiese que Pascal "es excesivamente austero y enfermizo y por eso ha causado más perjuicio a la religión que Voltaire y todos los demás ateos". Goethe, frío hasta el extremo de que las llamas de su infierno no convencen ni al mismo Mefistófeles, no sintió esta angustia de la alegría entre suspiros que es como la antesala de la eternidad. Hay algo que dice Chateaubriand que, sin embargo, amó a Pascal no sin reticencias, que nunca podría haber dicho Goethe desde la majestad de su grandeza: "*Los Pensamientos son una inmensa plegaria en acción*". Y los *Pensamientos* no existirían sin las *Cartas* o hubieran sido otra cosa menos conmovedora. Pascal interrumpió sus *Cartas* las cuales, según su propia confesión, debieron ser veinte y apenas son dieciocho. También, y en este caso con íntima intensidad, Pascal se detiene en cada uno de sus pensamientos como si fuera trastabillando en su marcha hacia Dios, pues su abismo no le dejaba respirar a sus anchas en esta senda de acedia mística.

Pascal, encontrándose en Port-Royal en 1659, tres años antes de su muerte, expuso a los miembros de la ilustre congregación religiosa, sus proyectos para escribir una Apologética. Les habló, con la pasión que le era habitual, durante largas tres horas. Su sobrino Esteban Pascal, que estuvo presente en tan memorable oca-

sión, dice que "esas personas confesaban que no habían oído jamás nada más bello, más tierno ni más convincente". Poco tiempo después cayó enfermo y pareció abandonar el proyecto, pues sus médicos y familiares lo vigilaban para que no realizara ningún esfuerzo intelectual. Pero Pascal pensaba, aunque no escribía: "A veces volvía de su paseo —nos recuerda Sainte-Beuve—, con las uñas cubiertas de caracteres que trazaba encima de ellas con un alfiler: estos caracteres retenían en su memoria diversos pensamientos que hubieran podido escapársele, de modo que el grande hombre volvía a su casa como una abeja cargada de miel". En esta actitud de lucha contra su propia conciencia y contra los obstáculos exteriores se hallan los orígenes y la gestación de los *Pensamientos*, este libro único del pensamiento humano, descosido en su misma unidad, pues sintetiza uno de los instantes más angustiosos del hombre frente a su propia soledad. Si solo este libro de Blas Pascal quedara de la literatura francesa, en los siglos por venir, bastaría para significar la eternidad del hombre universal.

Los *Pensamientos* constan de catorce secciones y están divididos en dos partes aun cuando con este libro sucede lo que con los Evangelios: en cualquier página que se abra, en donde quiera que caiga el ojo, siempre se encuentra la presencia del hombre que "busca gimiendo". Quizás de esta emoción constructiva le venga su unidad espiritual y artística. La primera parte está dedicada, en su taquigrafía nerviosa, a la miseria del hombre sin Dios y la segunda a la felicidad del hombre con Dios. Pero a ambas las une ese tenue hilo hecho de luz, de sutilezas intelectuales y de emociones que constituyen su esencia y su fin: combatir la incredulidad que siempre es más difícil de combatir que el ateísmo. Su método se funda en la lucha contra su propia conciencia que, entre las tinieblas de su configuración científica, se siente que se mueve en el plano ascendente del amor, invariablemente más hondo y misterioso que la razón. Se dirige directamente al problema que lo atenaceaba con sutileza: el problema de la gracia, no de la gracia jansenista sino de la gracia pascaliana, de la gracia del ser embrujado por la razón que de pronto siente el soplo helado de las tinieblas.

Al definir su tesis, en la sección primera, plantea su famosa definición del *espíritu geométrico* y del *espíritu de fineza*. En el espíritu geométrico "los principios son palpables, pero se alejan del uso corriente: de tal manera que se siente la dificultad de volver la cabeza en su dirección cuando no existe el hábito; pero por poco que se vuelva la cabeza hacia esa dirección se ven los principios en toda su plenitud; y sería preciso tener el espíritu completamente falso para razonar falsamente sobre principios tan evidentes que es casi imposible que se nos escapen. Pero en el espíritu de fineza los principios se hallan en el uso corriente y ante los ojos de todo el mundo". Luego agrega Pascal, con esa su lógica contundente que es la postrera etapa de su sensibilidad: "Pero la omisión de un principio conduce al error; por eso es preciso poseer la vista muy neta para ver todos los principios y también el espíritu justo para no hacer razonamientos falsos sobre principios conocidos".

Es decir, la primera cosa que hace Pascal, como en la buena doctrina clásica, es *definir*. A partir de entonces el pensador puede enhebrar los hilos de la imaginación, encantar, seducir, agradar. Para esto Pascal, en esta misma sección de los *Pensamientos*, concreta su doctrina estética que es la base del clasicismo cuyas reglas habrá de establecer, años más tarde, Boileau, pero que ya están vivas y operantes en este pequeño tratado de inquietudes humanas. Pascal establece su "retórica" porque se dirige especialmente a los libertinos, descreídos impenitentes, espíritus cansados de vivir y aún más, del mundo: sin embargo, todos ellos son *bon-nêtes hommes*, hombres cultos, encantadores, escépticos, sutiles conocedores del corazón

humano y amantes del buen decir y del bien pensar. ¿No era el caballero de Méré, su amigo de todas las horas durante sus experiencias mundanas, quien afirmaba: "que la vida no merece que uno se preocupe por el modo cómo debe vivírsela"? Méré era un árbitro de las elegancias parienses. Fue este caballero quien le enseñó las artes mundanas, desde los pasos de danza hasta el arte de saludar a una dama. Solía decirle al joven sabio: "Uno es el mundo natural que cae sobre el conocimiento de los sentidos, y otro el invisible . . ." No se crea que este otro mundo invisible es el cristianismo; el caballero de Méré se refiere al mundo del presente, el que desenvuelve sus hechizos ante nuestros ojos asombrados: para el caballero de Méré el cristianismo había perdido el sentimiento de eternidad y solía llamarlo "el paganismo". Para este caballero era muy importante "ser digno del amor y sembrar alegrías por todo el mundo". Su máxima era muy expedita: "Es preciso recordar que el sol nos ilumina y nos calienta y que el espíritu y la urbanidad están por encima de todo".

Pero si el caballero de Méré impresiona a Pascal por su sabia y dosificada frivolidad, quien más hondamente lo llena de incertidumbre es ese enigmático caballero que se llama Mitón. Siente que es humilde porque ha penetrado, en la doctrina libertina —afirma Pascal—, hasta lo más hondo de la naturaleza de las cosas. Dice que le producía la impresión de un hombre, quizás del "hombre". Mitón reía con su fina boca escéptica. Un día Pascal le manifiesta que considera que su amigo se halla por sobre Descartes y Platón. Mitón suelta la carcajada con desesperanza y le responde: "Siempre tomo su aprobación como un bien que me sostiene . . ." Y luego vuelve a reír y entre sus dientes blancos de hombre que no cree en nada y toma su incredulidad no como un alivio sino como una tortura, repite: "Me parece que nada vale la pena de nada". Pero Pascal piensa que este extraño hombre vive, al contrario de Méré, fuera del tiempo, porque en la afirmación desesperanzada de su incredulidad no vultumbra lo que ya atormenta al autor de los *Pensamientos*: "nada" aquí, abajo, sobre la tierra, entre los hombres. Sin embargo, para Mitón el cristianismo no es un mito, es una religión: Mitón niega las ideas pero no niega el hombre. Pascal lo sabe y se lo agradece. No dejaba de ser conmovedor e impresionante este *bonnête homme* cuya pesadumbre era insalvable. A pesar de todo era un caballero y la urbanidad lo conducía a quedar bien con Dios y con los hombres. Pascal habrá de recordarlo en los *Pensamientos*: "El egoísmo es aborrecible: tú, Mitón, ocultas todo esto, por eso lo difamas; eres, por consiguiente, también aborrecible".

Era para esta clase de espíritus que Pascal escribía, en medio de los más espantosos dolores físicos y las dudas más atroces, sus lúcidas reflexiones. Para eso necesitaba agradar. Nadie como él sabía que solo por el placer era capaz de conquistar estas almas para salvarlas si no para la eternidad, por lo menos para los años que habían de pasar sobre esta tierra. Su libro quedó inconcluso, pero abrió perspectivas más firmes, en los sondeos del alma, de las que hubiera abierto si hubiera terminado su proyecto de una Apologética. Muy pronto comprendió su error y por eso trazaba y trazaba rasgos a veces ilegibles que son como la respiración de su alma, con calentura de asma celestial, y que hoy conocemos con el nombre de *Pensamientos*. "Escribiré mis pensamientos sin orden, y no en una confusión intencional: este es el verdadero orden, e indicaré mi objeto por el desorden mismo". ¿Y por qué este desorden que defiende con tanta pasión? Porque se dirige a un público de libertinos cuyo buen gusto es la primera de las virtudes y luego porque desea llegar, por este camino de la claridad y de la belleza, a su famosa fórmula de que "el corazón tiene su orden, el espíritu el suyo, que es por principio y por demostración distinto del orden del corazón. No se prueba que

se debe ser amado exponiendo el orden de las causas del amor: esto sería ridículo". Y concluye: "El corazón tiene sus razones que la razón no conoce".

Su estética saca sus raíces de un hecho sencillo que él había comprobado en sus años de mundano: la diversión es indispensable en el hombre y aun entre los mundanos, pues el hastío es el enemigo natural del hombre. Luego hay que demostrar la tesis que le oprime su acongojado corazón, la salvación de los libertinos, empleando los mismos medios que ellos usan para divertirse, es decir, para huir de ellos mismos. Pascal sabía que el juego era la pasión favorita de los libertinos: él mismo en los años en que frecuentó los salones parisienses, había jugado y perdido considerables sumas de dinero. Esto le lleva a la conclusión de que empleando los mecanismos del juego, a través de los sondeos lentos de la conciencia, se podría conducir a sus amigos al objeto de sus desvelos. Fue así como nació en su espíritu su teoría de la "apuesta", la más audaz de las soluciones del problema del hombre frente al misterio de la eternidad. Su teoría está expuesta en su célebre DISCURSO inserto en los *Pensamientos: Infinito - Nada*, en el que trata de probar la necesidad impostergable de la apuesta sobre este principio no exento de temeridad: "Dios es o no es".

—¿Por cuál cara os inclináis? Veamos. Puesto que es necesario escoger consideremos lo que menos te interesa. Tienes dos cosas ante ti que puedes perder: lo verdadero y el bien, y dos cosas por empeñar: tu razón y tu voluntad, tu conocimiento y tu beatitud; y tu naturaleza tiene dos cosas por rehuir: el error y la miseria.

Tomemos en consideración estos dos casos: si ganas lo ganas todo; si pierdes, no pierdes nada. Apuesta que El es, pues, sin vacilar.

—Es admirable. Sí, es necesario apostar; pero es seguro que apuesto demasiado.

—Apuesta, puesto que existe una eternidad de vida y felicidad. Esta es la mejor demostración; y si los hombres son capaces de alguna verdad, esta demostración es una de ellas.

—Lo confieso, lo declaro. Pero ¿no existe aun un medio de conocer el secreto del juego?

—Sí, la Escritura y lo demás . . .

Sí, pero siento que mis manos están maniatadas y mi boca sellada; se me fuerza a apostar y no me siento con libertad para hacerlo; no se me deja y estoy de tal manera que no puedo creer. ¿Qué desea que haga?

—Es verdad. Sigue el mismo camino que los demás iniciaron a su vez: viviendo de tal manera como si creyeran, tomando agua bendita, haciendo decir misas, etc. Esto te hará creer y también te embrutecerá, naturalmente.

Es justamente lo que temo.

¿Y por qué razón? ¿Qué pierdes con esto? (1).

"La docilidad nos hace volver a la infancia"; cuando Pascal afirma esta dulce docilidad ya no habla para el libertino; en adelante habla para sí mismo,

(1) Este es en resumen, hecho a base de citas tomadas del *Pensamiento Infinito - Rien* (233), inserto en la Sección III de los *Pensamientos y Opúsculos de Blaise Pascal*. Edición León Brunschwig, Hachete, París 1914.

única víctima de la duda en llamas. Este jansenista ha caído en la trampa de su argumento. Ha descubierto, *en carne propia*, que "Dios es sensible al corazón y no a la razón. Es mucha la distancia que existe entre el conocimiento de Dios y el amor de Dios".

Así, pues, se puede seguir siendo incrédulo después de haber leído a Pascal —dice Sainte-Beuve—, "pero no hay ningún derecho de burlarse ni de blasfemar; y, desde este punto de vista, se puede afirmar que venció por un lado el espíritu del siglo XVIII y también a Voltaire". Para atemperar los ataques que le hizo el siglo XVIII Sainte-Beuve agrega en su defensa de Pascal: "Pascal era a la vez un alma que sufría porque había sentido en sí mismo y expresaba como nadie la lucha y la agonía".

* * *

Para Pascal la palabra alcanzaba su plena madurez cuando tenía un sentido concreto. Cuando escribe, pues, pone en práctica todos los recursos de que es capaz su disciplina de hombre de ciencia y su sensibilidad y obtiene la claridad que ansía. Escribe con precisión sorprendente. Su prosa es viril porque Pascal nunca escribe para los cobardes sino para las almas dispuestas a enfrentarse, en cualquier circunstancia, a los problemas que las atribulan. De esta táctica proviene el vigor de su prosa y la gran persuasión de sus pensamientos, siempre agresivos y beligerantes, aun cuando no logren convencer. Parece darse cuenta de que el alma está en perenne movimiento, que lucha entre sus contradicciones, en fin, que el alma es un drama cuyo desenlace está en el infinito. Ha leído la prosa magistral de Montaigne y ha penetrado, en sus entrañas húmedas de humanidad, el secreto del hombre de carne y hueso que lucha con sus pasiones estoicas, con sus dudas escépticas y sus goces epicúreos. Ha frecuentado a Epicteto cuyo estilo telegráfico lo conmueve en las raíces mismas de su desesperación.

Ataca el pedantismo de su época y dice, con meridiana claridad, que "la elocuencia continua aburre". Y cuando demuestra su principio de la naturaleza del hombre, es decir, de miseria y grandeza simultáneas en medio del universo, escribe una de las mejores páginas de la literatura francesa. Por eso pudo afirmar Chateaubriand que "la lengua francesa no posee más bellas páginas que las líneas simples y sencillas del incomparable cuadro "en que el hombre se balancea, ajeno a su destino, entre estos dos abismos que son su propia conciencia y el universo donde se mueve. Ya Montaigne nos habló de la inconstancia del hombre; Pascal insiste sobre esta efímera tragedia de la fragilidad del hombre: "Condición del hombre: inconstancia, hastío, inquietud". Pero se atreve a rectificar, si es que hay rectificación posible en su definición pensante del hombre: "El hombre es una caña, la más débil de la naturaleza; pero es una caña que piensa. No es necesario que el universo se arme para atacarlo: un viento, una gota de agua bastan para matarlo. Pero aun cuando el universo lo aplastara, el hombre sería aun más noble que lo que lo matara, pues sabe que muere y conoce las ventajas que el universo tiene sobre él: en cambio el universo no sabe nada de él". Y termina sus reflexiones con esta sentencia muy de moralista del siglo XVII: "Trabajemos para pensar bien: he aquí el principio de la moral".

Así, pues, el estilo debe ser directo, natural y limpio: la palabra debe responder, en el orden de la demostración ya sea racional o emotiva, a la línea lógica del pensamiento nuestro que la dignidad inmaculada del hombre está en la acción ininterrumpida del pensar. "El pensamiento constituye la grandeza del hombre", dice

en uno de sus ratos de inquietud. Además, el estilo debe consistir en el uso preciso y claro de las palabras. Las palabras son para el escritor lo que los números son para el matemático: miden el pensamiento y la sensibilidad: "La última cosa que se encuentra cuando se escribe una obra es saber lo que debe ir de primero". "Los ríos son caminos que marchan y nos llevan donde queremos ir". Todo es exacto porque la inteligencia no duda sino en la duda; nada se oscurece sino en las tinieblas, pero existe la luz en pleno día y es entonces cuando los objetos se ven con precisión y propiedad.

"El estilo es el hombre", dirá en el siglo XVIII Buffon. Y se apresuraba a agregar, "pero el hombre natural". El pensamiento y las emociones viven plenamente en la prosa si son precisos y naturales: tienen estilo. Jean Cocteau, diría a su vez, que el estilo del cazador no está en la manera como coge el rifle sino cómo lo apoya en el hombro antes de disparar. Lo importante es que un hombre viva *en una obra y que no deje traslucir al autor*. Pero el escritor que trata de convencer divirtiendo debe darle vida a su frase con vigor y naturalidad. Es indispensable que cada palabra esté en su sitio preciso no como consecuencia de un capricho estético sino porque la palabra debe estar siempre al servicio de la reflexión y de la sensibilidad: el arte de escribir es un arte voluntario que depende de la naturaleza del pensamiento y de la grandeza de la emoción. Esto significa que hay que singularizar el uso de las palabras, es decir, darles vida, incorporarlas al hombre y no al autor. Es famosa la comparación de Pascal con que explica su concepto humano del estilo y que, en síntesis, afirma un siglo antes lo que habría de decir el naturalista Buffon: "Que no se afirme que no he dicho nada nuevo; la disposición del material es nueva: cuando se juega a la bola es una la bola con que juegan uno y otro jugador, pero uno de ambos la coloca mejor que el otro". Es decir, "el estilo es el hombre".

Existe un problema estético que Pascal trata de solucionar con habilidad de gran escritor. Como el objeto de los *Pensamientos* es el convencimiento del hombre cuyo drama se desenvuelve en su propia miseria, es decir, en la lucha de la gracia y la libertad, entre su pequeñez y su grandeza, le era necesario un método de persuasión adecuado a su empresa literaria. Era tarea difícil. Pretende descubrir esta contradicción humana en todos los socavones de la conciencia para colocar al hombre frente a sí mismo y que, en esta confrontación dolorosa, encuentre el camino de su salvación. Bucea entonces en psicólogo, piensa en hombre de ciencia, sutiliza en esteta, la arremete contra todo y contra todos con la fuerza de un espíritu plenamente convencido de que busca la verdad para los demás cuando aun no la ha encontrado para su propio sosiego. El método de convicción, basado en la palabra que debe alertar el corazón sin hacer ruido para no despertar a deshoras sus angustias, consiste en ponerse en lugar del lector. Técnica difícil para un escritor cuyo mensaje es pasión que arde con llamas que queman. Pero el mismo Pascal aconseja calma y medida en plena claridad: "Consiste, pues, en la correspondencia que se trata de establecer entre el espíritu y el corazón de aquellos a quienes se habla por un lado, y del otro los pensamientos y expresiones que se emplean; esto supone que se ha estudiado a plenitud el corazón del hombre para conocer todos sus resortes y para encontrar seguidamente las justas proporciones del discurso que se les quiere apropiar".

Son múltiples los pensamientos y brillante la acción de todos los seres larvados que se agitan en su prosa como las almas entumecidas en el Infierno del Dante. Pascal, con su método infalible, con su estilo acerado, con su angustia contagiosa, se convierte en el máximo novelista de las ideas del siglo XVII. *La Velada del Señor Teste* de Paul Valéry es un simple insomnio ante este desvelo eterno, tan

lúcido en la prosa más transparente de la lengua francesa. Poco importa que llame a la imaginación "ama de error y falsedad". Su imaginación no padece de ninguno de estos vicios: está al servicio de una sagacidad artística nunca desmentida ni por el error ni por la falsedad. Pascal, en el pugilato de su acción pensante, en su apresuramiento por dominar tanto la voluntad ajena como la propia, nos da la impresión de Honorato de Balzac peleando con los personajes de su imaginación febril: en Balzac muchas veces si hay error y falsedad porque su lucha es entre las pasiones bajas del hombre. Pero ambos son dos gigantes que se enfrentan con coraje poco común, el uno a los demonios que lo atormentaban y que, según la lógica pascaliana, deben trabajar de igual manera en todos los hombres; el otro a una sociedad que vive de "ilusiones perdidas". Pascal abrió la ruta del autoanálisis, con todas sus angustias insondables; Balzac la grandeza dinámica de una sociedad satisfecha de sus propias contradicciones con cuyas miserias se alimenta. A ambos los une la precisión científica aplicada al tema incesante del hombre, del hombre de carne, cuya condición es la inconstancia, el hastío y la inquietud. El hombre fue la materia prima de Pascal; en torno a la contradicción de su doble naturaleza —miseria y grandeza— en su síntesis que es el amor como caridad quiso ordenar sus ideas. Tarea difícil y sutil: deseó recalentar la vida y el espíritu en función de su pasión sobrehumana. Así lo siente cuando exclama extenuado por el dolor y la insuficiencia de su ciencia divina: "El hombre sobrepasa infinitamente al hombre". No es cierto, pues, que la naturaleza sienta horror del vacío sino que es el hombre el que siente este espantoso horror: "El hombre es una caña pensante". Maravillosa síntesis, contradictoria y firme al mismo tiempo. Hay algo extraño en este "espantoso genio" como llamaba Chateaubriand a Pascal. ¿Y por qué, si el hombre es ser natural y además ser pensante, este misterio en que se debate es "una llaga sangrante en el corazón"? François Mauriac, uno de los escritores actuales de Francia que mayormente recuerda a Pascal, afirma que este místico de la razón "atraviesa todo el hombre para llegar a Dios". Pero Pascal se apresura a corregir a su discípulo tardío: "Cada yo es un enemigo y querría ser el tirano de todos los demás". Pascal llega, pues, por este camino tan sembrado de contradicciones a la misma conclusión a que llega don Miguel de Unamuno en la *Agonía del Cristianismo*, pues el hombre fulmina contra todo lo que niegue la posibilidad de un conocimiento seguro sobre la existencia de Dios a la luz de la razón natural humana". De esta manera se presume que para Pascal hasta el conocimiento de Dios por medio del corazón también le falla cuando la ocasión se presenta. ¿Qué le queda a Pascal en esta sequedad desesperante? Solamente un gesto subjetivo que le hace gritar: "Jesús estará en agonía hasta el fin del mundo: es necesario no dormir durante todo este tiempo". Es decir, la angustia renace en el espíritu de este espíritu atormentado a quien "el silencio de los espacios infinitos —los propios de la conciencia y los inevitables del universo— atormentan" con una interrogante que no tiene respuesta.

Levantemos ya. Hemos leído a Blas Pascal como nos recomendaba Emilio Boutroux. Ya es hora de encender las lámparas de las doncellas de que nos habla el Evangelio. ¡Adiós, maestro eterno, que mientras exista un hombre sobre la tierra tu mensaje, sin ninguna posible solución porque no puede tener solución el mensaje de la caridad, mientras no sea acción y humildad, estará guiando a los seres atormentados por el drama del tiempo y de la existencia!